

Había en la Luna unos animales llamados *Ypurtarguis*, la especie mas necia y mas inconsequente de quantas poblaban aquel globo. Como ellos tenían la propiedad de lucir, y no observaban esta facultad en ningun otro animal, se tenían por la producción mas perfecta y aventajada de la naturaleza. Todo quanto acaecía lo referían á si mismos. Si el astro luminoso que esparce sus luces á los globos subalternos les ocultaba alguna vez sus rayos, cada *Ypurtargui* creía tener parte en aquello, y si un Cometa en un punto determinado de su inmensa revolucion llegaba á hacerse visible desde la Luna, creían luego que esto era para indicar el nacimiento ó muerte de algun *Ypurtargui*, ó las heridas de dos ó tres de ellos que reñían por alguna ojita de yerva. ¿ Quien duda, decían, que la propiedad mas noble y mas hermosa es el lucir? Ningun animal la tiene sino nosotros. Ese astro benédico que nos ilumina y dá el sér ¿ no es la cosa mas excelente y superior que conocemos? Pues el *Ypurtargui* está hecho á su imagen y semejanza.

De esta suerte discurrían los *Ypurtarguis*; y entre ellos el dudar de semejantes verdades era un delito imperdonable. Uno de estos que designaremos con el nombre de *Aristo* habia recibido de la Naturaleza un temperamento acedente, y un corazon debil y sensible. Todas sus delicias las ponía en el amor, y siempre que se le presentaba un objeto amable, en aquel momento todos los demás deseos, pasiones é intereses se obscurecían y anudaban en su presencia. Era su genio naturalmente blando, compasivo, sencillo y amigo de hacer bien; pero crédulo en extremo, facil en prometer y en decir, desidioso prodigo, y poco atento á sus propios intereses: el plicer del momento lo ocupaba enteramente, y no se

acor-

acordaba jamás de lo venidero. Una de las muchas relaciones que *Aristo* adquirió fué con una hembra que llamáronos *Alcida*: y esta tal dió en la estraña manía de que su relación no solo habia de ser preferida á las otras sino tambien unica y duradera tanto como la existencia de ambos. *Aristo* decia que nó: la hablaba de este modo: Yo me acuerdo que en otro tiempo gusté de algunas yervas que hoy no agradan á mi paladar, y no hallo mas razon para gustar siempre de *Alcida* que para comer siempre de una sola yerva, y beber en un mismo charco. Los amigos de *Alcida* se empeñaron en proteger su antojo, y tomaron sus medidas para oprimir al pobre *Aristo*. Con este fin dieron parte del suceso á un *Ypurtargui* negro (que es entre su especie la casta privilegiada) el qual vivia dos pulgadas retirado. Erase aqúeste el animal mas inconsequente y mas necio que se conocia en toda la redonda. Por su mandato fué trasladado *Aristo* donde el estaba, y dispuso que inmediatamente lo metiesen en una berza sin que por motivo alguno se le dejese salir de ella, á no ser para unirse con *Alcida* ó con su permiso; y que si pareciese conveniente á la seguridad de este reo lo amarrasen con un miembro. El miserable *Aristo* metido mal de su grado en la berza gritaba, chillaba, hacia todos los esfuerzos imaginables: pero nadie le oía. Todos los *Ypurtarguis* se volvieron contra él. Bien hecho está, decían, bien empleado: lo que le gustó ayer ¿ porque no le ha de gustar hoy tambien? Tras esto le acusaban otros gravísimos delitos. Entre ellos era el mayor haber sido sensible, y haber multiplicado la existencia de los nobles seres *Ypurtarguicos* en los brazos de un amor libre y correspondido. Tres ó quatro de los mas lucidos y aventajados, que se llamaban sus amigos, le embiaron á decir que le tenían mucha lastima y compasion; pero en nada le ayudaron ni favorecieron. ¿ Quantos trabajos pasó en la berza el infeliz

*Aris-*